

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 18 noviembre 2015**

Texto de referencia: L. Giussani, *Reconocer a Cristo*, en J. Carrón, UNA PRESENCIA EN LA MIRADA, *supl.de Huellas-Litterae communionis*, junio 2015, pp. 63-75

- * *La guerra*
- * *Give me Jesus*

Gloria

En la medida de la conciencia con que pronunciamos las cosas que cantamos, podremos percibir lo adecuado de ciertos gestos. Solo alguien que se haya dado cuenta de verdad de lo que hemos cantado en el primer canto («Con mis manos / nunca podré hacer justicia»), podrá no percibir *Gime me Jesus*, como algo sentimental, piadoso, beato, como elemento decorativo de nuestros gestos, que no tiene nada que ver con la urgencia del momento. La Escuela anterior, al introducir *Reconocer a Cristo* (que proyectamos el sábado por la tarde en los Ejercicios de la Fraternidad), nos habíamos invitado a mirar el método de Dios. ¿Cómo podemos identificarlo? A través de la correspondencia, que nos permite reconocer la presencia del Misterio. Creo que los sucesos de esta semana han sido una ocasión para poder verificarlo, porque no habríamos podido imaginar un desafío mayor al método de Dios que los hechos sucedidos en París. No es que por un lado esté París y, por el otro, la Escuela de comunidad, como si pudiésemos “guisárnoslo” entre nosotros sin medirnos con lo que ha sucedido. Esta vez no ha sido posible. ¿No es así?

Los hechos ocurridos en París me han sacudido muchísimo. Ha nacido en mí un terror interior que ha quitado cualquier valor a las cosas que me habían pasado pocas horas antes y a las cosas bonitas que he visto y que he vivido al día siguiente, así hasta hoy. Estoy espantada, porque es como si todo lo que tengo ante mí ya no tuviese sentido: mis deseos, mi trabajo, mis amistades. El miedo a la muerte imprevista, darse cuenta, como has dicho en el comunicado de prensa de CL, que «la vida de cada uno de nosotros pende de un hilo» no me deja gozar de nada en estos días. Pienso: ¿cómo puedo vivir las cosas bonitas mientras veo a familias destrozadas por la muerte de sus seres queridos? Y me pregunto: ¿dónde está mi fe?

¿Y qué respuesta te has dado? ¿Dónde está tu fe?

No lo sé.

¡Búscala! Ciertos hechos no nos permiten seguir adelante sin hacernos estas preguntas radicales.

Desde hace dos días estoy inquieta. Resulta obvio decir que los hechos de París me han provocado. Sin embargo, me sorprende que lo que prevalece en mí es un fastidio. Ayer, mientras me veía envuelta en comentarios, juicios, mensajes, estaba enfadada, y pensaba: ¡basta, un poco de silencio, por favor! Me parecía que todo lo que se decía o se podía decir era tan solo un intento de llenar un abismo. Me parecía que todo era demasiado poco para estar ante algo así. Me ha impresionado que el sábado por la mañana se me ocurrió rezar Laudes, y el salmo decía: «No permitirá que resbale tu pie / tu guardián no duerme. [...] El Señor te guarda a su sombra / está a tu derecha. [...] El Señor te guarda de todo mal, / él guarda tu alma». Y en ese momento explotó mi pregunta: pero ¿te lo crees de verdad? Frente a lo que ha sucedido, ¿crees en las

palabras de este salmo? Esta pregunta me dominó todo el día y se encendió de nuevo el domingo por la mañana, al escuchar el Evangelio en misa: «Ni un solo cabello de vuestra cabeza se perderá». Me impresiona muchísimo: había sido una semana en la que cada día había sido un paso adelante en mi crecimiento, y me sentía viva. Luego el viernes ocurrió un suceso como ese, y no es que ponga todo en discusión (lo primero que hice después de saber la noticia fue recitar el Memorare). Lo que queda es una desproporción y un sentimiento de impotencia. Entiendo que la clave es justamente la respuesta a la pregunta que me surgió el sábado por la mañana: ¿se mantiene mi fe incluso ante un terremoto semejante? Y mi vida cotidiana, ¿qué tiene que ver con hechos como estos?

¿Se mantiene la fe ante semejantes hechos? Porque podemos recitar los salmos, podemos ir a misa, podemos cantar como hemos hecho antes. Pero todo esto, ¿se mantiene en pie ante los hechos de la historia? Son preguntas que nosotros mismos, y no solo los demás, no podemos evitar.

La otra noche, mientras escuchaba lo que estaba sucediendo en París, me quedé horrorizado. La violencia gratuita, el hecho de que me pudiese suceder lo mismo a mí, a un familiar o a un amigo hizo que me sintiera impotente. Sé perfectamente –porque tanto la historia como mi experiencia personal me lo han enseñado– que las respuestas que cualquier hombre o yo mismo puedo dar al mal son ineficaces, a menudo injustas, y que se necesita Alguien que nos salve. Pero lo que más me horrorizaba ante este pensamiento mío es que mi fe había vacilado. Aquel que nos ha prometido la salvación parece que en el fondo no vence, prevalece siempre el mal (también el mío, a menudo). ¿Entonces? ¿Tenemos esperanza aún? Todo el relato que Giussani nos hace de forma tan apasionada del primer encuentro con los discípulos, que ha suscitado esta gran experiencia de salvación, ¿carece de valor? ¿Es que no tiene incidencia ahora?

Y vosotros, ¿cómo respondéis a estas preguntas? ¿Podéis plantear estas preguntas sin pestañear? ¿No se rebela algo dentro de vosotros?

Uno busca una respuesta.

Y al buscar la respuesta, ¿se te ocurre algo? ¡Inténtalo!

Lo intento. En estos días, después de haber hecho esta pregunta no solo a ti, sino también a los amigos, algunos de ellos...

Esto es lo importante: que se desencadene un camino. ¡Inténtalo!

Esta pregunta se ha transformado en oración, en petición directa a Él. Se ha vuelto urgente para mí obtener una respuesta. De hecho, prevalece en mí este deseo de bien, de paz, de que todo sea justo, de que finalmente se pueda ver –yo lo llamo así– el valle por donde corren «ríos de leche y miel». Y ya el domingo por la mañana fui a misa un poco menos desganado y más atento. Allí pude percibir algunos mensajes, como en el salmo: «Levántate, Señor, y ven a salvar a tu pueblo». O bien el Evangelio, en el que Jesús cuenta lo que sucederá en los últimos días: «Cuando empiecen a suceder estas cosas [del tipo de las que han sucedido en París: terremotos, guerras, sublevaciones] levantaos y alzad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación». En estos días he buscado un poco más la relación con Él, he ido a misa, me he confesado... Pero queda esta pregunta de fondo: ¿cuándo seremos por fin salvados?

Estoy convencido de que permanece en ti la pregunta de fondo. ¿Por qué permanece esta pregunta? ¡No creas que puedes arreglártelas tan fácilmente! ¡Menos mal que permanece esa pregunta de fondo! Debemos mirar este hecho. Los discípulos, además de preguntar, además de pedir, ¿tenían algo más que una forma de oración como la que pueda tener cualquier hombre religioso? Me cuenta una amiga que está en París: «Te escribo desde París. Gracias por tu mensaje. Cada vez crece más en mí la conciencia de

que mi vida pende de un hilo. Pero el viernes por la noche, mientras caminaba huyendo por las calles de París, se me hizo más evidente aún. La verificación a la que nos invitas abre mi mirada. Tuve miedo. Tengo miedo de volver a tenerlo, pero el desafío de verificar la fe que nos lanzas y la realidad de la Resurrección me invitan a ir hasta el fondo de lo que sucede». Porque esta es la cuestión: cualquiera que sea el desafío que debemos afrontar, nos remite a esta verificación última de la fe. Lo mismo dice otro amigo, también desde París: «Los días han estado profundamente marcados por esos hechos, pero yo me he visto sin saber qué decir, como mucho decía frases hechas, un poco “cielinas”, pero vacías. Ha nacido la exigencia de juzgar lo que había sucedido. Y me he preguntado (lo primero): ¿qué promesa de felicidad puede empujar a un hombre a realizar este tipo de hechos? Y la segunda: ¿cómo se vence la tentación del miedo que se insinúa en mí? Ha surgido cada vez más la necesidad de un significado. Es necesario vivir de un significado. Y este significado yo lo he encontrado. Pero visto lo que ha sucedido, visto el vacío que he experimentado, visto mi mal y el de los demás, vista también la impaciencia que experimento desde algún tiempo, ¿cómo puedo reconocer al Señor presente? ¿Cómo puedo reconocer a Cristo (que es el significado presente)?». Nosotros nos hemos encontrado con Él, pero cuando suceden hechos como los de París, es como si este encuentro pareciese vacío, como si estuviese escrito en el aire. Me pregunta otra persona: «¿Puedo reconocer al Señor una vez para siempre?». Frente a estas cosas, a estas preguntas –que no podemos “cerrar” superponiendo sin más un añadido religioso o alguna cita, porque no es suficiente– el desafío al método de Dios y a la experiencia que hacemos en el presente es total. Por eso la pregunta cada vez más urgente es: ¿qué puede vencer esta situación?

«Ante la intromisión del poder, que avanza aparentemente de forma incontestable, Cristo no opone otro poder, sino una compañía humana desastrada, “una compañía de hombres” elegidos por Él, para que su presencia nunca falte en el tiempo y en el espacio, y con ella, como dijo una vez don Giussani con una imagen estupenda, ...»

No un recuerdo, no una cita, no un pensamiento ni un sentimiento, sino una realidad presente.

«“Le disputa palmo a palmo el terreno a la noche”» (J. Carrón, «Sonríe en tus ojos un extraño cielo que no es el tuyo», Tracce, octubre 2015, p. IV).

«Le disputa palmo a palmo el terreno a la noche».

Este pensamiento me vino a la mente especialmente el sábado por la noche. Me dirigía en coche a una cena para cantar. Mientras íbamos, surgió en mí de forma espontánea esta pregunta: ¿por qué cantamos en un día como este? Es profundamente injusto. Sería profundamente injusto si ese canto no naciese de la conciencia de nosotros mismos como «compañía desastrada» con la que Él «le disputa palmo a palmo el terreno a la noche». El lunes por la mañana volví a empezar todo (ir al hospital, escribir la tesis y hacer los exámenes) con esta conciencia nueva. Cada paso imperceptible, cada gesto de caridad, aunque sea minúsculo, con el que pueda dar testimonio de Él será Su paso a través de mí, con el que le disputaremos paso a paso el terreno a la noche. Creo que ahora mismo, ante este dolor que me afecta verdaderamente, este camino es la única lucha adecuada. En estos días me he sentido como los ingenieros y los arquitectos de los que habla don Giussani (cf. Reconocer a Cristo, en J. Carrón, Una presencia en la mirada, op. cit., pp. 64-65). He tratado de construir mi puente a base de intentos inadecuados: leyendo miles de noticias, miles de manifiestos y buscando mil discursos. Luego he pensado en estos años, en lo que hago todos los días y en los rostros de los amigos que he conocido. Yo ya he visto al Señor en

acción. Y al final, solo este juicio parece darme aliento: ven, Señor, porque no sé construir este puente.

Gracias, amiga. No se trata solo de remitirse a algo del pasado, de hacer una cita sin más. «Luego he pensado en estos años, en lo que hago todos los días y en los rostros de los amigos que he conocido [“compañía desastrosa”]. Yo ya he visto al Señor en acción. Y al final, solo este juicio parece darme aliento». De aquí nace la petición: ¡ven, Señor Jesús! ¿Por qué? ¿Porque no es que no haya diferencia entre las mil noticias, los mil manifiestos, los mil discursos (que son el intento inútil de construir un puente) y esa «compañía desastrosa»? ¿Existe alguna diferencia? Sí, la diferencia no la establecen nuestros intentos, sino algo real y presente. La cuestión es que muchas veces, cuando suceden cosas de este tipo, es como si este hecho quedara borrado. Los discípulos, ¿tenían algo más? ¿Habían encontrado algo que no podían arrancarse de encima pasase lo que pasase, o estaban a merced de todo, como todos? ¡Atención, no es un problema de coherencia! No eran mejores que nosotros; no volvamos al viejo tran tran moralista: hay algunos mejores y otros no tanto. ¡La certeza de la fe es algo distinto!

El sábado por la mañana me levanté y empecé a prepararme porque tenía lugar el open day de la escuela en la que trabajo. Es un momento importante, y por ello empecé a repasar lo que iba a decir para introducir el trabajo de los chavales. Mi marido me contó lo que había sucedido en París. Fui a mirar en internet, porque me parecía tan surrealista que quería verlo por escrito. Estaba bastante destrozada. Pensé: ¿qué voy a hacer y a decir en la escuela? ¿Para qué sirve, si la nada está avanzando? Luego me acordé de los chavales con los que habíamos preparado el open day hasta el día antes, del recorrido que habíamos preparado con textos y que culminaba con la pregunta del pastor de Leopardi: «Y yo, ¿qué soy?». En el trabajo que habíamos hecho los chavales se habían dejado tocar por los autores, habían surgido preguntas verdaderas sobre la vida y sobre su sentido. En el encuentro con los textos y con los autores he visto brotar la humanidad de esos chicos. Para ellos la vida es positiva. Tienen una gran exigencia de sentido, pero el horizonte en el que viven es un horizonte positivo y tienen razón. Cuando me di cuenta de esto, pensé que tenía que ir a la escuela para sostenerles, para afirmar esa positividad que existe en la escuela, en la enseñanza y en la relación que nace entre adulto y chaval, porque intuyo que educar en la fe es la única urgencia para oponerse a la nada. Me impresiona mucho que este reconocimiento por mi parte llega en un momento en el que no me siento bien, soy débil en la fe y estoy llena de pensamientos que me confunden. Y sin embargo estoy segura de lo que afirmo ahora: la generación de un sujeto nuevo es la única esperanza. No digo que yo sea capaz, pero confiada en la compañía en la que estoy, quiero asumir el riesgo. Y es el encuentro con Jesús lo que crea esta humanidad nueva. Deseo cultivar y servir a esta pequeña flor, que es nada comparada con las bombas, pero que existe, y no quiero hacer como el soldado nazi del relato de Morante, que acaba arrancándola con los dientes. Deseo permanecer pegada al reconocimiento de su victoria hoy.

Nos acecha la tentación de hacernos esta pregunta: ¿para qué sirve hacer todo, si la nada avanza? Si nos quedamos paralizados, entonces sí que avanza la nada. Pero, gracias a Dios, la nada no avanza hasta el punto de eliminarnos, y entonces uno empieza a mirar lo que sucede en la realidad con los chavales y se da cuenta de que «tiene que ir a la escuela para sostenerles, para afirmar que existe una positividad». Y uno se da cuenta de qué es lo más pertinente: «Educar en la fe es la única urgencia para oponerse a la nada» que avanza. ¿De dónde nace esto? Solo de una certeza, que nos permite darnos cuenta de que «la generación de un sujeto nuevo es la única esperanza». ¿Por qué?

Desde el mes de septiembre, después de más de veinte años de enseñar latín y griego en un colegio privado, estoy dando clase de italiano e historia en un instituto público. Este paso ha sido muy interesante para mí. Aunque me gustan muchísimo mis antiguas asignaturas y mi antigua escuela, cuando se me ofreció la posibilidad del nombramiento pensé que había terminado un periodo de mi vida, y con cierto entusiasmo me dispuse a entrar en otro que percibía lleno de novedad. El contexto de las personas que frecuento ahora es obviamente muy distinto de antes. Cada día entro en clases de veintiocho o treinta chavales, muchos de los cuales han repetido por lo menos una vez. Proceden de familias que presentan situaciones sociales y culturales de todo tipo. Algunos son extranjeros que ni siquiera entienden el italiano... Hasta junio yo era subdirectora de un grupo de no más de doce profesores. Ahora soy la última de un grupo de al menos ochenta profesores. Si repaso estos meses me doy cuenta de que han supuesto una riqueza única. Hay dos episodios que me han impresionado mucho. En una clase había pedido a los alumnos una redacción en la que tenían que trazar una breve descripción de sí mismos. Uno de ellos, que era repetidor, empezó su tarea preguntándose por qué el mundo, que es bonito porque es variado, da tanto asco. Después de un intento de argumentar su tesis, empezó a hablar de sí mismo como en lucha contra todos y contra el mundo, y terminó diciendo que todos somos como piezas de Lego: podemos cambiar los colores y el tamaño de las piezas, pero al final todos somos de plástico. Me impresionó mucho la lucidez del chaval a la hora de ofrecer su punto de vista. Cuando les devolví los deberes, no quiso saber su nota, pero me preguntó si me había gustado. Esta pregunta me descolocó porque, a pesar de lo que había afirmado, me parecía la expresión de una exigencia inextinguible que es la misma que tengo yo: ser queridos, encontrar un camino para ser felices. Le respondí que me había gustado mucho. Luego le pregunté si quería este curso intentar verificar conmigo que la vida es bella. Ante mi asombro, me contestó que no confiaba mucho, pero que aceptaba el desafío. Es otro en clase, después de un momento en que me costaba conseguir silencio en clase, me dirigí al alumno que más estaba molestando, pero en lugar de regañarle por enésima vez le sonreí. Y él, en cuanto le sonreí, se paró y se dirigió a los compañeros diciendo: «¿Habéis visto? La profe me quiere». ¿Es esta la chispa de la que hablas? Yo creo que sí. No sé a dónde llevarán estos «procesos» que han comenzado, pero mientras esta chispa se ha encendido ante todo en mí, me he dado cuenta y he tomado conciencia de ello. Me ha parecido experimentar completamente lo que habías dicho en la Jornada de apertura de curso citando a don Giussani: «La experiencia es el impacto del sujeto con la realidad, realidad que en tanto que presencia lo invita y lo interroga (lo “problematiza”). El drama humano consiste en la respuesta a esta problematización (“responsabilidad”), y la respuesta se genera, evidentemente, en el sujeto. La fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia, es decir, de la percepción que tiene de los valores que definen su personalidad [de lo que es más querido para él]. Pero estos valores fluyen al yo desde la historia vivida a la que el mismo yo pertenece. (...) La genialidad radical del sujeto reside en la fuerza de su conciencia de pertenencia» (L. Giussani en J. Carrón, «Sonríe en tus ojos un extraño cielo que no es el tuyo», op. cit., p. VI). Ha sido muy interesante caer en la cuenta de esto, estar tan sonriente, no tener la preocupación de la intervención correcta o de cómo plantear la “relación correcta” con estudiantes y compañeros, porque estoy llena de una autoconciencia que he descubierto en mí, que toda mi vida y las relaciones que la constituyen me han llevado a tener. Me he topado con esta frase del Papa pronunciada en Washington: «Id y abrazad en mi nombre. Id a los cruces de las calles, id... a anunciar sin miedo, sin prejuicios, sin superioridad, [...] a todos los que han perdido la alegría de vivir, id a anunciar el abrazo misericordioso

del Padre. [...] Id a anunciar que los errores, las ilusiones engañosas, las incomprendiones, no tienen la última palabra en la vida de una persona. Id con el aceite que alivia las heridas y restaura el corazón» (23 septiembre 2015). Esta frase no ha sido la indicación de un programa que llevar a cabo, sino la confirmación de algo que me ha sucedido a mí en primer lugar. En segundo lugar, me ha conmovido ver que no existe situación humana, empezando por la mía, en que no desee y busque ese secretum illud del que habla don Giussani, y que todos, de algún modo, tratan de levantar un puente que les conecte con lo que perciben como la posibilidad, aunque sea remota, de estar contentos. Es un camino que deseo recorrer yo en primer lugar, porque entiendo que esto es posible por una Presencia que acontece hoy, que es la Presencia que necesito volver a ver en cada instante, y uno de los signos que me la hace llegar ahora es el silencio que obtengo con más trabajo que antes en mis clases.

Este silencio obtenido con esfuerzo es una pequeña flor. Por lo demás, ni siquiera un chaval con esta conciencia aguda («somos todos de plástico») puede evitar preguntar: «Pero, ¿le ha gustado mi redacción?». De ahí nace la disponibilidad para verificar. Parece poca cosa, pero aquí se juega toda la partida. Es el único realismo posible, como el de Juan y Andrés. Pero para nosotros, que somos presuntuosos, es demasiado poco; en cambio, es justamente esto lo que cambia todo.

Cuando el sábado leí el comunicado de prensa, experimenté por enésima vez una correspondencia entre lo que dices y la reacción inmediata que tengo frente a la realidad, pero de la que después me desplazo. Me ha impresionado porque yo tuve miedo, me sentí desarmado, pero enseguida se pasa a hablar de otra cosa. En cambio, estaba muy agradecida porque volvía a sentir el miedo, el verme inerte, como el gran recurso que tenía para caer en la cuenta de Cristo. Estaba tan impresionada por el comunicado que se lo mandé por correo electrónico a mis alumnos y a mis compañeros. Después de un rato me llamó un compañero, que es responsable de una asociación deportiva regional, y me preguntó si podía publicar el comunicado en su web (de este modo tu comunicado ha llegado a miles de personas que practican el deporte...). Esto me impresionó mucho porque para mí Su presencia, cuando vuelve a suceder, tiene un rasgo inconfundible que me hace decir “yo”, mientras que todos hablan de los demás, de lo que los demás tienen que hacer, de lo que hay que hacer a los demás, y nos distraemos hablando de política, que es la antecámara del olvido. Así, por ejemplo, me he dado cuenta de lo abstractos que son los que piensan que son concretos y de qué concreto es en cambio lo que muchas veces percibimos como abstracto. El lunes fue verdaderamente impresionante porque entré en clase con esta experiencia que gracias a ti había hecho y que había tenido ese impacto en mi compañero. En mi clase tengo cristianos y musulmanes, es un tema serio. Entré en clase después del recreo y vi sentados a cuatro alumnos míos: norteafricano con italiano, italiano con norteafricano. Son dos parejas de amigos que son un poco el corazón de la clase. Y me quedé impresionada, porque me di cuenta del valor de método que tiene tu comunicado, porque tengo que partir de lo que veo, y lo que veo es que en esa clase se da en acto una experiencia de amistad entre ellos. Entonces empezamos a hablar de los hechos de París, y me di cuenta de que leer al principio la primera parte de tu comunicado creó enseguida una atmósfera de diálogo. Luego, frente a algunos alumnos que decían: «Hay que mandar a la aviación, hay que matarlos a todos», etc., los demás objetaban, pero objetaban partiendo de lo que estaban viviendo en clase. Esto me impresionó porque, ¿puede haber una solución para el mundo que no tenga en cuenta a mi clase? Si no es verdad en esa clase, ¿puedo proponerla al mundo? Era la pregunta que les planteaba. Un alumno musulmán dijo en un momento dado: «Profe, yo solo sé una

cosa: en Saint Denis podrán llegar incluso a hacerse explotar, pero yo, aunque quisiera, no podría hacerlo, porque soy amigo de mi compañero de pupitre italiano y estoy viviendo otra experiencia. A lo mejor en Saint Denis no la viven». Entonces me di cuenta de que es verdad aquello que representa una posibilidad ahora. Si no es una posibilidad ahora, es falso.

Delante de todo esto debemos preguntarnos sobre la consistencia o no, sobre la posibilidad de mantenerse en pie o no del método de Dios. Porque los testimonios que hemos escuchado esta noche son hechos, son pequeñas flores que parecen nada, pero existen y desafían nuestra mentalidad más que cualquier otra cosa. Por eso no debemos desperdiciar esta ocasión, porque la circunstancia que tenemos que vivir es una oportunidad; como veis, la cuestión ha crecido desde el drama personal al drama social; sería una verdadera lástima perder esta oportunidad para aprender. Ayer se publicó la transcripción de una entrevista radiofónica a uno de los que había estado en el Bataclan que fue rehén de los terroristas durante dos horas y media. En un momento dado, el periodista le pregunta: «¿Qué habéis aprendido de esta cosa tan extraordinaria que os ha sucedido?». «Que la vida pende de un hilo, y que es necesario apreciarla, y que no había nada más serio que el hecho de que estábamos vivos todavía». «¿Y qué habéis aprendido de ellos, de los agresores?». «Que necesitaban un ideal que el mundo occidental en el que vivían –dado que eran claramente franceses, se expresaban en francés– el mundo en el que vivían no les ofrecía. Y han encontrado un ideal mortífero, de venganza, de odio y de terror [...]. Pero se han dieron cuenta demasiado tarde de que la vida era importante. Y yo hoy puedo darme cuenta de que cada instante que paso con mi familia [...] es una bendición. Los momentos sencillos de una vida forman parte de las cosas más bonitas que podemos tener, y de esto solo nos damos cuenta cuando nos pasa ese tipo de shock como el que he vivido. Tengo la impresión de haber nacido por segunda vez y quiero gustar esta nueva vida que se me ha regalado». Como nos decimos tantas veces, ¿tenemos que esperar a que pasen estas cosas absolutamente dramáticas para despertarnos, para darnos cuenta de la realidad? Es la pregunta que se nos plantea a todos. Los hechos de París nos han despertado de nuestro sopor y han hecho surgir preguntas que no nos hacíamos desde hacía tiempo. Por eso, este electroshock que nos ha tocado a todos es una oportunidad, como demuestran el miedo, la confusión y todo lo que hemos sentido o de lo que hemos hablado estos días. ¿Una oportunidad para qué? Como dice esa persona que ha sobrevivido a la tragedia: para darnos cuenta de qué es la vida, y de que para vivirla, nosotros y los demás, necesitamos un significado, un ideal. Porque no hay nada más serio que la vida, nada más serio que estar todavía vivos. Lo que un instante después dejamos de lado con todas nuestros comentarios es lo más evidente de todo: la vida pende de un hilo, dependemos instante tras instante. Son hechos como estos los que despiertan las preguntas; pero tomarlas en serio es una decisión nuestra, como nos decía un amigo nuestro de París: «Aquí lo más urgente es volver a la normalidad, cuanto antes mejor». Otros me han contado de ocasiones en que grupos de personas evitan hablarse porque así no tienen que discutir sobre esta tragedia. Se puede evitar hablar o se puede aprovechar para estar delante de ella dejándose interrogar hasta el fondo. Porque cuando uno se da cuenta de hasta qué punto la vida pende de un hilo, descubre su propia impotencia y que todos los comentarios son intentos imposibles de construir un puente. Y aquí surge la pregunta: nuestros intentos ¿entran dentro de los habituales comentarios vacíos, o lo que nos ha sucedido es de una naturaleza distinta? Lo que nos ha sucedido, ¿forma parte de esta nada de comentarios o, aunque sea pequeño, es de otra naturaleza? La chispa ¿es de otra naturaleza o no? Se trata de la primera cuestión que debemos aclararnos a nosotros mismos. Nuestra «compañía desastrada», ¿es de otra naturaleza o forma parte de la misma nada? ¿En qué

se ve esto? Que es de otra naturaleza lo vemos en las cosas que nos contamos, como hemos hecho esta noche. Alguien podría decir que son nada con respecto a las dimensiones del drama. ¡Pero también todo lo que cuenta el Evangelio era nada con respecto a los grandes dramas del imperio romano! Es aquí donde el desafío llega a su culmen. Juan y Andrés, Zaqueo, Mateo o la Samaritana, ¿qué significaban con respecto a la estrategia militar romana? Del mismo modo, frente a la cuestión que se ha planteado con los atentados de París, surge la pregunta: ¿es suficiente la chispa? ¿Es suficiente la belleza desarmada de la fe? Cada uno debe hacer cuentas con estas preguntas. No debemos evitarlas. Porque solo de este modo podremos darnos cuenta de verdad de la diferencia. ¿Qué nos ha sucedido a nosotros? ¿Qué testimonian estos hechos, estas pequeñas flores, todo lo pequeñas que se quiera, pero que existen? ¿Qué testimonian Juan y Andrés? ¿Y el encuentro de Zaqueo? Aparentemente nada, y sin embargo esto, al igual que la amistad en clase entre el norteafricano y el italiano, es signo ya de la victoria que ninguna guerra, ninguna violencia y ningún empeño podrán generar en ninguna parte del mundo. Una amistad. ¡Aceptemos el desafío a nuestro obtuso pseudo realismo! Porque la respuesta a nuestras preguntas no es una respuesta intelectual, no son razones abstractas; nuestra respuesta, como lo fue para Juan y Andrés o para Zaqueo, es una presencia. La verdad es una presencia, que no nos da todas las respuestas, igual que para el niño la respuesta a las preguntas es la presencia del padre, no que comprenda todas las cosas que tiene a su alrededor: una presencia que quita el miedo y por tanto permite comprender con el tiempo. Por eso una circunstancia así nos pone frente al método de Dios y hace que resulte claro, como ha salido aquí esta noche, el porqué de cantar, de ir a la escuela o de hacer un gesto de caridad, todo cosas “normales” a través de las cuales llega a las personas la novedad de Cristo, sin vaciar de contenido histórico la fe. Porque en caso contrario, la alternativa es la guerra o la desesperación. Pero nosotros tenemos otra posibilidad que no es igual a cero, que contradice nuestra mentalidad que piensa que, si no sucede todo aquí y ahora, es una derrota. ¡Porque no tenemos el sentido del tiempo! Cuando san Pablo escribe la carta a Filemón no derrota la esclavitud, se necesitarán siglos para abolir la esclavitud, pero establece un principio, introduce una verdad, hace nacer un brote que con el tiempo se demostrará mucho más potente de lo que ningún estratega en el mundo podía imaginar. Por eso es fundamental aprovechar estas cosas, estas ocasiones en las que nuestra fe se somete a la prueba de la realidad. Es fundamental porque no es suficiente con repetir frases, hace falta una verificación. Sin esta verificación no surgirá un sujeto capaz de desafiar esa nada que encontramos no solo en los que llevan a cabo los atentados terroristas, sino en todas partes. Solo así podremos entender cuál es nuestra tarea en el mundo, qué estamos llamados a hacer en el mundo por la gracia que se nos ha dado. Es un momento especialmente intenso para nosotros; espero que no lo desperdiciemos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el 16 de diciembre a las 21 horas. Seguimos trabajando en la segunda parte de *Reconocer a Cristo*, desde la página 75 a la 88 del cuadernillo de los Ejercicios.

Discurso del Papa en Florencia. Con la intención de dar a conocer a todos el discurso del Papa en el Encuentro Nacional de la Iglesia Italiana en Florencia, hemos realizado un folleto preparado para ser impreso que se puede descargar en la página web de CL. Tened presente que hoy en día el papel no es la única forma de difundir un texto, como hemos visto: un correo electrónico puede llegar a muchas personas. Por eso, usemos todos los medios que tenemos a nuestra disposición para difundirlo, incluidas las redes sociales. Es un discurso fundamental, porque es el testimonio de que hay alguien que

cree en el método de Dios. ¡Y quizá nos conviene también a nosotros aprender a creer en este método!

En un reciente diálogo con los responsables de las distintas regiones se ha puesto de manifiesto la importancia en la vida del movimiento de dos grandes instrumentos que quiero subrayar de nuevo para todos.

Escuela de comunidad. Ante todo, la necesidad de un lugar sistemático en el que constantemente puede ser juzgada la vida, como estamos haciendo esta noche: los problemas, las dificultades, los hechos que suceden. La cuestión es que la Escuela de comunidad se convierta precisamente en un lugar en donde se juzga la vida, en donde no se habla de otra cosa, en donde no se hacen comentarios; y de los problemas de la vida se habla en otro sitio. Es el lugar en donde podemos ver qué significa la fe, de qué modo el encuentro con Cristo lo ilumina todo; no resuelve todos los problemas, como nos gustaría según nuestro modo obtuso de pensar, pero ilumina la vida y nos ofrece una razón adecuada para hacer las cosas, sin alarmismos y sin dejar que nos vayamos. Porque solo cuando tenemos esta conciencia podemos llegar a ver qué es lo que hay que hacer. No es que decir las cosas que decimos en el comunicado excluya las demás, pero nos ayudan a comprender lo que hay que hacer a partir de esa actitud, como nos hemos dicho siempre y como siempre nos ha dicho Giussani: Cristo no ha venido para resolvernos los problemas, sino para ponernos en la actitud justa para afrontarlos. Parece nada, pero es todo. Es lo que tenemos que aprender. Solo así podremos luego acompañar a las personas en las dificultades que tienen. ¿Qué hay más concreto que este trabajo de Escuela de comunidad?

Caritativa. El segundo gran instrumento nace de la pregunta sobre cómo podemos aprender a darnos cuenta de nuestra verdadera necesidad y de la necesidad del otro, tan fuertemente reclamada por el Papa en Florencia la semana pasada, tan actual por el Año de la Misericordia y por los hechos que estamos viviendo. Esta es la razón por la que nuestra amistad nos propone el gesto de la caritativa. Grandes y pequeños, preguntémosnos seriamente: ¿qué gesto de caritativa vivo yo? ¿Qué propone mi comunidad? Preguntémoslo para no vaciar el hecho cristiano de su densidad histórica, porque a través de estos gestos pasa, como vemos muchas veces, la mirada nueva que Cristo ha introducido en el mundo. Hay dos indicaciones a tener en cuenta. La primera es que en los lugares a los que vamos (puede ser un centro de discapacitados, un hospital, una cárcel o la ayuda al estudio), a la hora de las necesidades y la forma de hacer la caritativa tenemos que atenernos a quien tiene la responsabilidad en ese lugar. Si en un centro de discapacitados nos dicen que tienen necesidad un cierto día y a una cierta hora, debemos decidir si podemos ir o no, pero no decidimos nosotros el día y la hora, porque respondemos a quien dirige la obra. Porque esta es su responsabilidad: dirigir la obra, y nosotros vamos a colaborar para comprender la necesidad que tenemos. La segunda es que la comunidad es el lugar donde ayudarnos a juzgar el significado y la experiencia que cada uno de nosotros hace en la caritativa, haciendo quizá una asamblea una vez al año sobre esto.

Digo esto porque ahora nos esperan algunos gestos importantes de caridad: la Recogida de Alimentos y las Tiendas AVSI. Después de haberlas vivido, podremos también hacer un encuentro y preguntarnos: ¿qué han significado para nosotros, qué hemos aprendido haciendo estos gestos? De este modo podremos aprender el sentido de la caritativa, como nos ha enseñado don Giussani que, como veis, es útil para pequeños y mayores.

El sábado 28 de noviembre se celebrará la Jornada nacional de Recogida de Alimentos. Agradecidos por cuanto ha dicho el Santo Padre el pasado 3 de octubre en la audiencia al Banco de Alimentos, deseamos hacer experiencia de ello invitando también a los amigos a implicarse con nosotros en este gesto. Es importante aprovechar este año que el Papa ha dicho cosas preciosas para difundir su discurso a otros amigos con los que hacemos la Recogida, porque si nosotros no cuidamos el aspecto educativo, no durará mucho.

Os recuerdo que el gesto de las Tiendas AVSI este año está dedicado al apoyo a los refugiados, como ya señalamos la vez pasada.

Cartel de Navidad. ¡Aquí está! ¡Kandinsky! *Línea curva libre hacia el punto*. Es una sorpresa, como veis, que nos descoloca a todos, que fija la atención en ese punto de donde nace todo. La imagen es para ayudarnos a mirar ahí, a ese “punto” decisivo para cada uno de nosotros. Los textos son estos.

El primero es del papa Francisco: «Por vos, por vos, por vos, por mí. Un amor activo, real. Un amor que sana, perdona, levanta, cura. Un amor que se acerca y devuelve dignidad. Cuando Jesús entra en la vida, uno no queda detenido en su pasado, sino que comienza a mirar el presente de otra manera, con otra esperanza. Uno comienza a mirar con otros ojos su propia persona, su propia realidad. No queda anclado en lo que sucedió. Y si en algún momento estamos tristes, estamos mal, bajoneados, en su mirada todos podemos encontrar espacio».

El segundo es de don Giussani: «Dios, el destino, el misterio, el origen de todas las cosas, asumió un rostro humano. Así apareció Dios en el mundo. Quien se encontraba con él decía: “Nadie ha hablado jamás como este hombre”, o bien: “Este hombre sí que habla con autoridad”. Dios, el misterio, el destino hecho hombre, se hace presente ahora en mi vida y en la tuya, en la de todos los que están llamados a verle y reconocerle en un rostro: un rostro humano nuevo con el que nos encontramos».

Veni Sancte Spiritus